

Impunidad genocida

GUILLERMO ARAGÓN L.

No existen palabras adecuadas para manifestar la indignación y la condena que provoca la matanza desatada por el gobierno israelí en contra del pueblo palestino, acción que, como muchos otros actos criminales, aunque ha encontrado el rechazo de la sociedad civil consciente de muchos países del mundo, incluyendo a muchos judíos dentro y fuera de Israel, ha sido apoyada por el silencio cómplice de las naciones más desarrolladas del mundo, incluyendo a países europeos y a Estados Unidos.

En el contexto mediático que intenta presentar los crímenes de lesa humanidad del gobierno israelí como una guerra justa, de legítima defensa (como se presentó la invasión de Irak por parte del gobierno de Bush), se olvida que el invasor, que el ocupante es Israel, y que los palestinos siempre se han opuesto militar y políticamente como un pueblo en resistencia, en una guerra totalmente desigual frente a un invasor que cuenta con el apoyo militar y económico de las grandes potencias.

Si tan sólo se recuerda este principio básico, la perspectiva cambia completamente y echa abajo el discurso de la defensa y del derecho a la propia seguridad, que en el discurso del sionismo fundamentalista justifica cualquier acción, cualquier masacre indiscriminada de palestinos, cualquiera invasión, cualquier bloqueo, cualquier campo de concentración como es el caso de Gaza.

Analistas internacionales desde diferentes perspectivas tratan de explicar esta masacre genocida del pueblo palestino, especulando que es una estrategia de algunos grupos para posicionarse electoralmente; que se trata de ganar terreno ante un eventual cambio en la política de apoyo incondicional de la Casa Blanca; que se trata de seguir lucrando con la ayuda humanitaria que la comunidad internacional canaliza a las zonas palestinas, entre otras. Sin embargo, nada justifica las atrocidades de esta guerra de exterminio que el gobierno de Israel está emprendiendo contra el pueblo palestino, que es en definitiva una parte de la humanidad a la que pertenecemos todos.

Desde hace cinco años vende papas fritas en el centro de la ciudad capital

Trunca José García su anhelo de ser militar por contribuir al gasto familiar

La vida siempre viene acompañada de oportunidades para sobrevivir, asegura

TERE RAMÍREZ OJEDA

Hubo un tiempo en que soñó ser militar. Portar el uniforme, caminar erguido, salvar niños en inundaciones, defender a su patria y combatir el narcotráfico. Ese anhelo lo tuvo que cambiar por ayudar a su madre con el gasto familiar.

José García Cruz aún piensa en lo maravilloso que pudo ser ese sueño; sin embargo, se siente a gusto atendiendo su propio negocio de papas fritas.

También recuerda un poco desilusionado que no pasó el examen físico que aplica la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) a los aspirantes y, por lo tanto, “no pude ser soldado”.

Mientras pela papas y se cura las heridas que le ha provocado el aceite caliente, recuerda que dejó la secundaria porque

las condiciones económicas en su hogar eran muy precarias, nunca conoció a su padre y decidió ayudar a su madre Gregoria Cruz Cruz a mantener a sus tres hermanos.

“En ese entonces me fui de ayudante a un puesto de papas fritas que está en lo que era (el centro comercial) *Gigante*, ese fue el primero en vender papas y yo aprendí todo del negocio”, comenta José Cruz un poco apurado, pues rebana y mueve las papas que se fríen en cazos de aceite separados.

Con 27 años de edad y soltero, dice que fue hace cinco años cuando decidió independizarse de su antiguo patrón y se instaló, junto con otro amigo, en la ciudad capital.

Admite que aunque la vida no puede ser como uno imagina, siempre viene acompañada

de oportunidades que te permiten “sobrevivir”.

Su negocio aún no tiene nombre, lo mismo lo conocen como papas *Geral'd* que como papas el *Flaco*, “pues no se nos ocurrió nada y dejamos que la gente le diga como quiera”.

Cada día, José inicia su actividad laboral desde las 9 de la mañana y concluye a las 8 de la noche, logra vender en las mejores temporadas hasta 200 kilos de papas por día.

“La mayor venta se da los fines de semana, si sabes trabajar el negocio te da para todo, ahora hay mucha competencia y por lo mismo tienes que echarle más ganas”, reflexiona, al tiempo que abre una arpilla (de 60 kilos de papas) para continuar con su labor.

Casi conteniendo una sonrisa, muestra con su dedo índice

una ampulita de unos cuatro centímetros que está sanando en su mano derecha, y confiesa que eso le sucede “por atontarme”.

José vive con su madre y su hermana que estudia enfermería, sus otros dos hermanos ya están casados; él se convirtió en el pilar económico de la familia desde hace varios años.

Otro sueño es tener su propia casa. Actualmente ayuda a su madre a pagar el lugar donde viven en la unidad habitacional Xicohténcatl, ubicada en la capital del estado. Considera que “echándole ganas en su trabajo”, esa quimera la podrá cumplir a mediano plazo.

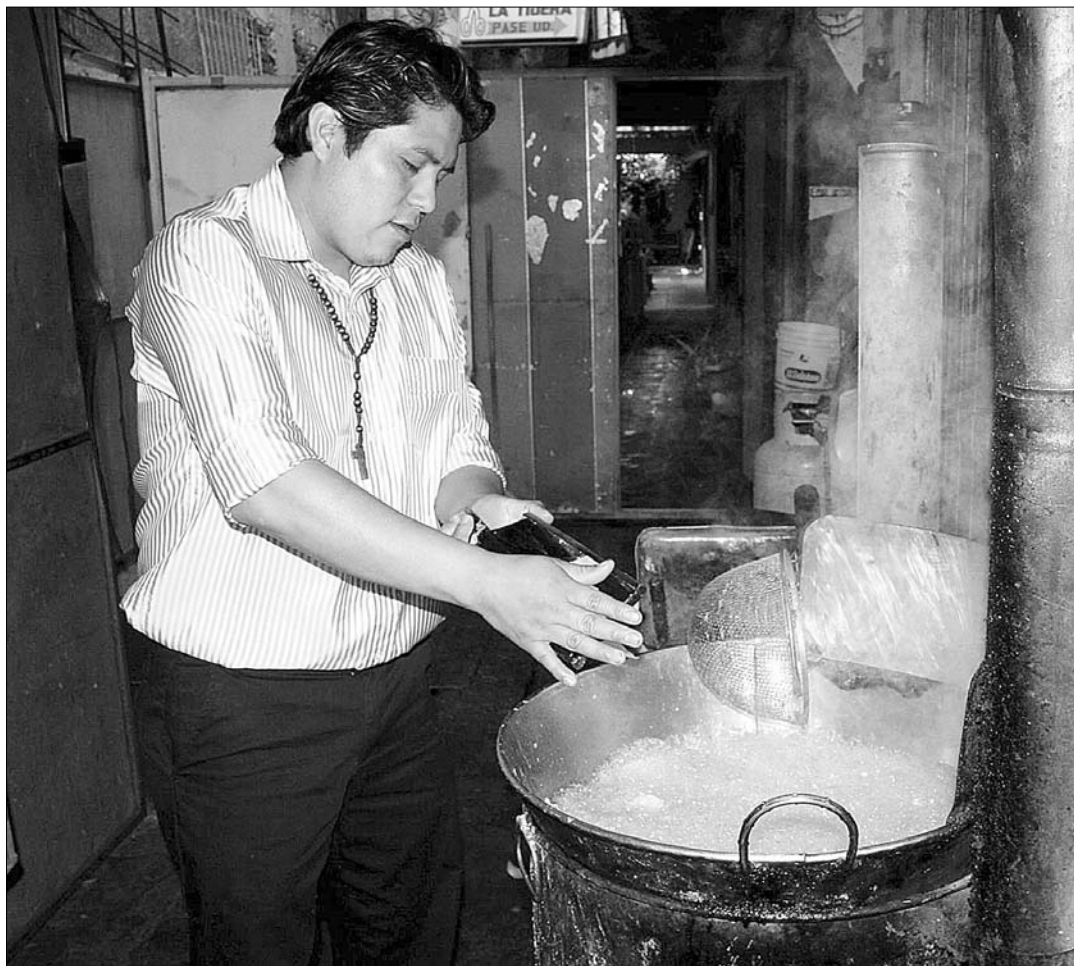
A pesar de que en su familia nunca hubo alternativas para cumplir sus anhelos, porque siempre estaba primero atender las necesidades inmediatas, ahora él ve una oportunidad de cumplir uno de sus sueños, al cubrir los gastos para que estudie su hermana.

“Mi mamá trabaja en una cocina económica y no le alcanza para todo. Ya que ninguno de los tres hombres pudimos estudiar, ojalá ella sí termine su carrera de enfermera, yo le pago las colegiaturas porque quiero que se reciba”, enfatiza.

En febrero cumple un lustro de atender su propio negocio y reitera que la competencia es “muy dura, antes era el único en esta calle (20 de Noviembre) ahora hay alrededor más de seis locales de lo mismo”.

Sin embargo, descarta que las empresas con marcas reconocidas sean una competencia para él, “la gente prefiere comprar algo fresco, recién salido del aceite y le ponemos salsa y queso amarillo a su gusto, algo que no pueden hacer en una tienda donde compran una bolsa de papas”, comenta, mientras despacha con una sonrisa a un cliente una bolsa de su producto, éste le corresponde el gesto y le paga 10 pesos tras agradecerle la atención.

Así, José García se gana la vida en medio de papas y cazos con aceite.



José García soñó de adolescente con portar un uniforme de militar para salvar niños en inundaciones y combatir el narcotráfico, pero ahora su realidad es vender papas para contribuir al sustento familiar ■ Foto Alejandro Ancona